



Introducción a la semana

De Pascua tenemos todo un tiempo litúrgico que se alarga durante siete semanas. Termina en la celebración de la segunda Pascua, coronación de la primera, la de Pentecostés. Esta primera semana se llama de la octava. No existe gran fiesta sin octava, proclama el dicho popular. Ninguna fiesta como la de Pascua. Su octava es también solemne.

La Palabra de Dios en esta semana está representada por el libro de los Hechos de los apóstoles del que se toma la primera lectura, y los diversos episodios de manifestaciones del resucitado a discípulos según los diversos evangelistas. Es decir: se nos presenta cómo los discípulos van tomando conciencia de la resurrección del Maestro, y cómo se van formando y actuando las primeras comunidades cristianas, en las que se vive y se celebra el triunfo sobre la muerte del condenado a ella. Es la fe en la resurrección del Señor lo que les convoca. Su decisión para proclamar algo, tan absurdo a primera vista, como que el crucificado y muerto a los ojos de todos como un maldito, Dios lo había resucitado y colocado a su derecha como juez universal, es el gran testimonio de la resurrección. Es su convicción profunda y el jugarse la vida por proclamarla la que sirve de argumento para nuestra fe en la resurrección. No es argumento apodíctico, pero sí da credibilidad al hecho.

Lun
1
Abr
2013

Evangelio del día

Semana de la Octava de Pascua

“Id a comunicar a mis hermanos que vayan a Galilea; allí me verán”

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 2, 14. 22-33

El día de Pentecostés, Pedro, poniéndose en pie junto con los Once, levantó su voz y con toda solemnidad declaró: «Judíos y vecinos todos de Jerusalén, enteraos bien y escuchad atentamente mis palabras. Israelitas, escuchad estas palabras: a Jesús el Nazareno, varón acreditado por Dios ante vosotros con milagros, prodigios y signos que Dios realizó por medio de él, como vosotros sabéis, a este, entregado conforme el plan que Dios tenía establecido y provisto, lo matasteis, clavándolo a una cruz por manos de hombres inicuos. Pero Dios lo resucitó, librándolo de los dolores de la muerte, por cuanto no era posible que esta lo retuviera bajo su dominio, pues David dice, refiriéndose a él:

“Veía siempre al Señor delante de mí,
pues está a mi derecha para que no vacile.
Por eso se me alegró el corazón,
exultó mi lengua,

y hasta mi carne descansará esperanzada.
Porque no me abandonarás en el lugar de los muertos,
ni dejarás que tu Santo experimente corrupción.
Me has enseñado senderos de vida,
me saciarás de gozo con tu rostro”.

Hermanos, permitidme hablaros con franqueza: el patriarca David murió y lo enterraron, y su sepulcro está entre nosotros hasta el día de hoy. Pero como era profeta y sabía que Dios “le había jurado con juramento sentar en su trono a un descendiente suyo, previéndolo, habló de la resurrección del Mesías cuando dijo que “no lo abandonará en el lugar de los muertos” y que “su carne no experimentará corrupción”.

A este Jesús lo resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos. Exaltado, pues, por la diestra de Dios y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, lo he derramado. Esto es lo que estáis viendo y oyendo».

Salmo

Sal 15, 1b-2a y 5. 7-8. 9-10. 11 R/. Protégeme, Dios mío, que me refugio en ti

Protégeme, Dios mío, que me refugio en ti.
Yo digo al Señor: «Tú eres mi Dios».
El Señor es el lote de mi heredad y mi copa,
mi suerte está en tu mano. R/.

Benediciré al Señor que me aconseja,
hasta de noche me instruye internamente.
Tengo siempre presente al Señor,
con él a mi derecha no vacilaré. R/.

Por eso se me alegra el corazón,
se gozan mis entrañas,
y mi carne descansa esperanzada.
Porque no me abandonarás en la región de los muertos
ni dejarás a tu fiel ver la corrupción. R/.

Me enseñarás el sendero de la vida,
me saciarás de gozo en tu presencia,
de alegría perpetua a tu derecha. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 28, 8-15

En aquel tiempo, las mujeres se marcharon a toda prisa del sepulcro; llenas de miedo y de alegría corrieron a anunciarlo a los discípulos.

De pronto, Jesús salió al encuentro y les dijo:

«Alegraos».

Ellas se acercaron, le abrazaron los pies y se postraron ante él.

Jesús les dijo:

«No temáis: id a comunicar a mis hermanos que vayan a Galilea; allí me verán».

Mientras las mujeres iban de camino, algunos de la guardia fueron a la ciudad y comunicaron a los sumos sacerdotes todo lo ocurrido. Ellos, reunidos con los ancianos, llegaron a un acuerdo y dieron a los soldados una fuerte suma, encargándoles:

«Decid que sus discípulos fueron de noche y robaron el cuerpo mientras vosotros dormíais. Y si esto llega a oídos del gobernados, nosotros nos lo ganaremos y os sacaremos de apuros».

Ellos tomaron el dinero y obraron conforme a las instrucciones. Y esta historia se ha ido difundiendo entre los judíos hasta hoy.

Reflexión del Evangelio de hoy

“Dios resucitó a este Jesús, de lo cual todos nosotros somos testigos.”

Los apóstoles, testigos de la resurrección de Jesús, anuncian con alegría y valentía al Dios de la Vida: “Cristo ha resucitado”. La muerte-resurrección de Cristo es el fundamento de nuestra fe, creemos en Cristo que murió y está Vivo, Él es “el viviente”.

Como los apóstoles, nosotros tenemos que anunciar a Cristo, Palabra hecha carne, Palabra que no cambia, Palabra siempre viva y eficaz para todos los tiempos. Somos nosotros los que cambiamos, su mensaje es eterno.

San Pedro habla a una multitud, en su mayoría judíos, conocedores de las Escrituras Santas, por eso toma palabras de la misma Escritura, para convencer a sus oyentes, de que en ellas está anunciada la Resurrección de Jesús. Pedro cita el salmo 15, poniéndolo en boca de David, rey y profeta: “No me entregarás a la muerte”; “No dejarás a tu fiel, conocer la corrupción”. Afirmando que esta Escritura se ha cumplido en Jesús; nosotros somos testigos de ello, lo hemos visto y oído.

Los que no hemos visto a Jesús resucitado, lo vemos por la fe, dando crédito a los que lo vieron resucitado y nos lo comunicaron; proclamemos gozosos al mundo: mundo “Cristo ha resucitado”.

“Id a comunicar a mis hermanos que vayan a Galilea; allí me verán”

Jesús envía a las mujeres para comunicar a los apóstoles la alegría de su triunfo sobre la muerte. Fueron las primeras que pudieron acercarse a Él y abrazar sus pies. Habían ido al sepulcro para embalsamar su cadáver, pero Jesús, vivo, les salió al camino enviándolas a anunciar la Buena Noticia: “Jesús ha resucitado” y os espera en Galilea. Quien busca a Jesús, lo encuentra siempre, Él sale al camino de quien lo busca.

En una época en que el testimonio de la mujer no tenía ningún valor, son ellas las elegidas por Jesús, para llevar el mayor mensaje que nunca se ha dado al mundo, el Dios de la vida, que se entregó a la muerte para la salvación del mundo, ha resucitado para darnos vida en abundancia.

Agradecemos a Jesús su entrega, su triunfo sobre la muerte y su promesa de que resucitaremos con Él. Él nos da su cuerpo y su Sangre y nos promete: “El que come mi Carne y bebe mi Sangre tiene vida eterna y yo lo resucitaré en el último día”.

¡Alleluia! ¡Cristo ha resucitado! ¡Felices Pascuas!



Mar
2
Abr
2013

Evangelio del día

Semana de la Octava de Pascua

“He visto al Señor y ha dicho esto ”

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 2, 36-41

El día de Pentecostés, decía Pedro a los judíos:

«Con toda seguridad conozca toda la casa de Israel que al mismo Jesús, a quien vosotros crucificasteis, Dios lo ha constituido Señor y Mesías».

Al oír esto, se les traspasó el corazón, y preguntaron a Pedro y a los demás apóstoles:

«¿Qué tenemos que hacer, hermanos?».

Pedro les contestó:

«Convertíos y sea bautizado cada uno de vosotros en el nombre de Jesús, el Mesías, para perdón de vuestros pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo. Porque la promesa vale para vosotros y para vuestros hijos, y para los que están lejos, para cuantos llamare a sí el Señor Dios nuestro».

Con estas y otras muchas razones dio testimonio y los exhortaba diciendo:

«Salvaos de esta generación perversa».

Los que aceptaron sus palabras se bautizaron, y aquel día fueron agregadas unas tres mil personas.

Salmo

Sal 32, 4-5. 18-19. 20 y 22 R/. La misericordia del Señor llena la tierra

La palabra del Señor es sincera,
y todas sus acciones son leales;
él ama la justicia y el derecho,
y su misericordia llena la tierra. R/.

Los ojos del Señor están puestos en quien lo teme,
en los que esperan su misericordia,
para librar sus vidas de la muerte
y reanimarlos en tiempo de hambre. R/.

Nosotros aguardamos al Señor:
él es nuestro auxilio y escudo.
Que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros,
como lo esperamos de ti. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 20, 11-18

En aquel tiempo, estaba María fuera, junto al sepulcro, llorando. Mientras lloraba, se asomó al sepulcro y vio dos ángeles vestidos de blanco, sentados, uno a la cabecera y otro a los pies, donde había estado el cuerpo de Jesús.

Ellos le preguntan:

«Mujer, ¿por qué lloras?».

Ella contesta:

«Porque se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto».

Dicho esto, se vuelve y ve a Jesús, de pie, pero no sabía que era Jesús.

Jesús le dice:

«Mujer, ¿por qué lloras?».

Ella, tomándolo por el hortelano, le contesta:

«Señor, si tú te lo has llevado, dime dónde lo has puesto y yo lo recogeré».

Jesús le dice:

«¡María!».

Ella se vuelve y le dice.

«¡Rabbuní!», que significa: «¡Maestro!».

Jesús le dice:

«No me retengas, que todavía no he subido al Padre. Pero, ande, ve a mis hermanos y diles: “Subo al Padre mío y Padre vuestro, al Dios mío y Dios vuestro”».

María la Magdalena fue y anunció a los discípulos:

«He visto al Señor y ha dicho esto».

Reflexión del Evangelio de hoy

Pedro, en la Primera Lectura, pronuncia un discurso ante el pueblo judío, sincero, valiente y clarificador. Cuantos le crean sabrán a qué atenerse y lo que tienen que hacer para llegar hasta el final en su arrepentimiento.

En el Evangelio sobresale el encuentro de María Magdalena con Jesús resucitado. El ambiente es de tristeza e incredulidad, al principio; y, a medida que Jesús se hace el encontradizo con María y ésta descubre que es él, de inmensa alegría.

De Simón a Pedro

Simón, el pescador de peces y de hombres, aparece hasta ahora en el evangelio como un hombre bueno y leal. Su espontaneidad le lleva a cometer errores de cálculo con Jesús, a equivocarse en la forma de entender cuanto Jesús iba diciendo, aunque su lealtad, nobleza y honradez le colocan en el sitio que le corresponde en el grupo de discípulos. Siempre se revela como uno de los predilectos del Señor y con cierto ascendiente sobre sus compañeros. Pero hoy todo es distinto. Simón ha pasado a ser sólo Pedro, sobre el que Jesús quiere edificar su Iglesia. Se acabaron los peces, las barcas y las redes. Pedro sólo piensa en Jesús que vive y en el testigo que ha recibido de él para la implantación del Reino. Lleno de Espíritu Santo, dice cosas que ha hecho suyas pero que no nacieron de él; y no sólo las dice, las demuestra y, con tal credibilidad las muestra, que convence y convierte a tres mil para la causa de Jesús. Y cuando le preguntan: “¿Qué hemos de hacer?” les contesta que se apunten a un nuevo estilo de vida, el de los seguidores de Jesús; que crean y que se bauticen, para enrolarse en la comunidad del Reino de Dios.

María Magdalena

En el párrafo evangélico de hoy, después de Jesús resucitado, la protagonista es María Magdalena. María creía en Jesús, le quería y le había acompañado hasta la cruz, hasta el final. Y, luego, hasta el sepulcro, porque, ya que no puede seguir teniéndole a él, quisiera al menos mantener su cuerpo: “Yo lo recogeré”.

Que María, a pesar de su amor por Jesús, no le reconozca, no es nuevo. A los discípulos les sucedió lo mismo: le confundieron con un fantasma; otra vez, con un caminante. Nada extraño que hoy María le confunda con el hortelano. Sólo que, en esta ocasión, Jesús busca un reconocimiento distinto. No se le puede imaginar como antes. Jesús tiene una existencia nueva, de resucitado. Pero sigue siendo él mismo, y sigue en la misma línea suya en los encuentros con los suyos. Por eso, al pronunciar el nombre de María, ella lo reconoce de inmediato. Y, porque Jesús es el mismo, aunque resucitado, María vuelve a ser la misma, aunque nombrada “apóstol” y enviada a ellos en el nombre de Jesús.

Bien está la Nueva Evangelización, sin olvidar la eterna, la de María Magdalena. Mirados por Jesús y, después de escuchar de sus labios nuestros nombres, sentirnos llamados y enviados a los hermanos para decirles que nosotros también nos hemos encontrado con él en el huerto de nuestras vidas, y que, aunque otras veces lo hayamos confundido con fantasmas y hortelanos, lo hemos reconocido al escuchar nuestros nombres, y que damos testimonio de “esto y de aquello”, como María.



Fray Hermelindo Fernández Rodríguez
(1938-2018)

Mié

3

Abr

2013

Evangelio del día

Semana de la Octava de Pascua

“Quédate con nosotros porque atardece y el día va de caída.”

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 3, 1-10

En aquellos días, Pedro y Juan subían al templo, a la oración de la hora nona, cuando vieron traer a cuestas a un lisiado de nacimiento. Solían colocarlo todos los días en la puerta del templo llamada «Hermosa, para que pidiera limosna a los que entraban. Al ver entrar en el templo a Pedro y a Juan, les pidió limosna. Pedro, con Juan a su lado, se quedó mirándolo y le dijo:

«Míranos».

Clavó los ojos en ellos, esperando que le darían algo. Pero Pedro le dijo:

«No tengo plata ni oro, pero te doy lo que tengo: en nombre de Jesucristo Nazareno, levántate y anda».

Y agarrándolo de la mano derecha lo incorporó. Al instante se le fortalecieron los pies y los tobillos, se puso en pie de un salto, echó a andar y entró con ellos en el templo por su pie, dando brincos y alabando a Dios. Todo el pueblo lo vio andando y alabando a Dios, y, al caer en la cuenta de que era el mismo que pedía limosna sentado en la puerta Hermosa del templo, quedaron estupefactos y desconcertados ante lo que le había sucedido.

Salmo

Sal 104, 1-2. 3-4. 6-7. 8-9 R/. Que se alegren los que buscan al Señor

Dad gracias al Señor, invocad su nombre,
dad a conocer sus hazañas todos los pueblos.
Cantadle al son de instrumentos,
hablad de sus maravillas. R/.

Gloriaos de su nombre santo,
que se alegren los que buscan al Señor.
Recurrid al Señor y a su poder,
buscad continuamente su rostro. R/.

¡Estirpe de Abrahán, su siervo;
hijos de Jacob, su elegido!
El Señor es nuestro Dios,
él gobierna toda la tierra. R/.

Se acuerda de su alianza eternamente,
de la palabra dada, por mil generaciones;
de la alianza sellada con Abrahán,
del juramento hecho a Isaac. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 24, 13-35

Aquel mismo día, el primero de la semana, dos de los discípulos de Jesús iban caminando a una aldea llamada Emaús, distante de Jerusalén unos setenta estadios; iban conversando entre ellos de todo lo que había sucedido. Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos. Pero sus ojos no eran capaces de reconocerlo.

Él les dijo:

«¿Qué conversación es esa que traéis mientras vais de camino?».

Ellos se detuvieron con aire entristecido. Y uno de ellos, que se llamaba Cleofás, le respondió:

«¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no sabe lo que ha pasado estos días?».

Él les dijo:

«¿Qué».

Ellos le contestaron:

«Lo de Jesús el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras, ante Dios y ante todo el pueblo; cómo lo entregaron los sumos sacerdotes y nuestros jefes para que lo condenaran a muerte, y lo crucificaron. Nosotros esperábamos que él iba a liberar a Israel, pero, con todo esto, ya estamos en el tercer día desde que esto sucedió. Es verdad que algunas mujeres de nuestro grupo nos han sobresaltado, pues habiendo ido muy de mañana al sepulcro, y no habiendo encontrado su cuerpo, vinieron diciendo que incluso habían visto una aparición de ángeles, que dicen que está vivo. Algunos de los nuestros fueron también al sepulcro y lo encontraron como habían dicho las mujeres; pero a él no lo vieron».

Entonces él les dijo:

«¡Qué necios y torpes sois para creer lo que dijeron los profetas! ¿No era necesario que el Mesías padeciera esto y entrara así en su gloria».

Y, comenzado por Moisés y siguiendo por todos los profetas, les explicó lo que se refería a él en todas las Escrituras. Llegaron cerca de la aldea adonde iban y él simuló que iba a seguir caminando; pero ellos lo apremiaron, diciendo:

«Quédate con nosotros, porque atardece y el día va de caída».

Y entró para quedarse con ellos. Sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando. A ellos se les abrieron los ojos y lo reconocieron. Pero él desapareció de su vista.

Y se dijeron el uno al otro:

«¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?».

Y, levantándose en aquel momento, se volvieron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los Once con sus compañeros, que estaban diciendo:

«Era verdad, ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón».

Y ellos contaron lo que les había pasado por el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan.

Reflexión del Evangelio de hoy

Les costó creérselo

Todos los relatos evangélicos coinciden en que ningún seguidor de Jesús, de los que habían compartido vida con él, se creyó lo de su resurrección a la primera. Un caso más es el de los discípulos de Emaús. No hicieron caso a algunas mujeres “de las nuestras” que a través de unos ángeles les aseguraron que “estaba vivo”. Pero cuando fueron “de los nuestros” a ese lugar “a él no lo vieron”.

Jesús no puede dejar de trabajar

Dios, según el Génesis, al crear el mundo, trabajó durante seis días, y sólo se permitió descansar el día séptimo. A Jesús, su Hijo, en la nueva creación, en la creación de “hombres nuevos”, de hombres y mujeres “cristificados”, le sucede lo mismo. Tiene que seguir trabajando, después de su resurrección, durante seis días a la semana y descansar, si cabe, los domingos.

Poco después de su resurrección, tuvo que aparecerse a sus seguidores, a los once, a las mujeres, a más quinientos, a los discípulos de Emaús... y seguir trabajando, para convencerles de su resurrección, de que Dios le había llevado a la vida plena para siempre. Para ello, les explicó las Escrituras, les habló como él solo sabe hacerlo, pasó un largo rato con ellos a la mesa... hasta ponerles fuego y luz en su corazón.

La verdad es que no tenemos que pedir a Jesús que siga a nuestro lado y que no se quede sentado en el cielo, a la diestra de Dios Padre. Él se comprometió a seguir trabajando con nosotros. “No os dejaré huérfanos”. No hace falta que le digamos: “Quédate con nosotros porque atardece y el día va de caída”.

Sabemos dónde trabaja

Algunos cristianos se quejan de que es difícil encontrar a Jesús, que parece que se esconde, que no es claro. A los de Emaús les pasó algo de eso. Pero Jesús se puso a tiro y le encontraron y le reconocieron “en la fracción del pan”. Es decir, en “la entrega”. Si caminamos por el camino de la entrega, del amor, del servicio, de la dedicación a los demás...

Encontraremos a Jesús, que seguirá trabajando nuestro, a veces, torpe y necio corazón para regalarnos, un día sí y otro también, su luz, su amor, sus sentimientos, su nueva vida, su resurrección...

El caso es que si caminamos por el camino del egoísmo, de la no fracción de nuestro pan, de la no entrega de nuestra vida... va a ser muy difícil encontrar a Cristo y que él pueda trabajar y cambiar nuestro corazón.



Fray Manuel Santos Sánchez O.P.
Convento de Santo Domingo (Oviedo)

Jue
4
Abr
2013

Evangelio del día

Semana de la Octava de Pascua

“Vosotros sois testigos de esto.”

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 3, 11-26

En aquellos días, mientras el paralítico curado seguía aún con Pedro y Juan, todo el pueblo, asombrado, acudió corriendo al pórtico llamado de Salomón, donde estaban ellos.

Al verlo, Pedro dirigió la palabra a la gente:

«Israelitas, ¿por qué os admiráis de esto? ¿Por qué nos miráis como si hubiéramos hecho andar a este con nuestro propio poder o virtud? El Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob, el Dios de nuestros padres, ha glorificado a su siervo Jesús, al que vosotros entregasteis y de quien renegasteis ante Pilato, cuando había decidido soltarlo.

Vosotros renegasteis del Santo y del Justo, y pedisteis el indulto de un asesino; matasteis al autor de la vida, pero Dios lo resucitó de entre los muertos, y nosotros somos testigos de ello.

Por la fe en su nombre, este, que veis aquí y que conocéis, ha recobrado el vigor por medio de su nombre; la fe que viene por medio de él le ha restituido completamente la salud, a la vista de todos vosotros. Ahora bien, hermanos, sé que lo hicisteis por ignorancia, al igual que vuestras autoridades; pero Dios cumplió de esta manera lo que había predicho por los profetas, que su Mesías tenía que padecer. Por tanto, arrepentíos y convertíos, para que se borren vuestros pecados; para que vengan tiempos de consuelo de parte de Dios, y envíe a Jesús, el Mesías que os estaba destinado, al que debe recibir el cielo hasta el tiempo de la restauración universal, de la que Dios habló desde antiguo por boca de sus santos profetas. Moisés dijo: “El Señor Dios vuestro hará surgir de entre vuestros hermanos un profeta como yo: escuchadle todo lo que os diga; y quien no escuche a ese profeta será excluido del pueblo”. Y, desde Samuel en adelante, todos los profetas que hablaron anunciaron también estos días. Vosotros sois los hijos de los profetas, los hijos de la alianza que hizo Dios con vuestros padres, cuando le dijo a Abrahán: “En tu descendencia serán bendecidas todas las familias de la tierra”. Dios resucitó a su Siervo y os lo envía en primer lugar a vosotros para que os traiga la bendición, apartándoos a cada uno de vuestras maldades».

Salmo

Sal 8, 2a y 5. 6-7. 8-9 R/. ¡Señor, Dios nuestro, qué admirable es tu nombre en toda la tierra!

Señor, Dios nuestro,
¿qué es el hombre para que te acuerdes de él,
el ser humano, para mirar por él? R/.

Lo hiciste poco inferior a los ángeles,
lo coronaste de gloria y dignidad,
le diste el mando sobre las obras de tus manos.
Todo lo sometiste bajo sus pies. R/.

Rebaños de ovejas y toros,
y hasta las bestias del campo,
las aves del cielo, los peces del mar,
que trazan sendas por el mar. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 24, 35-48

En aquel tiempo, los discípulos de Jesús contaron lo que les había pasado por el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan.

Estaban hablando de estas cosas, cuando él se presentó en medio de ellos y les dice:

«Paz a vosotros».

Pero ellos, aterrorizados y llenos de miedo, creían ver un espíritu.

Y él les dijo:

«¿Por qué os alarmáis?, ¿por qué surgen dudas en vuestro corazón? Mirad mis manos y mis pies: soy yo en persona. Palpadme y daos cuenta de que un espíritu no tiene carne y huesos, como veis que yo tengo».

Dicho esto, les mostró las manos y los pies. Pero como no acababan de creer por la alegría, y seguían atónitos, les dijo: «¿Tenéis ahí algo de comer?».

Ellos le ofrecieron un trozo de pez asado. Él lo tomó y comió delante de ellos.

Y les dijo:

«Esto es lo que os dije mientras estaba con vosotros: que era necesario que se cumpliera todo lo escrito en la Ley de Moisés y en los Profetas y Salmos acerca de mí».

Entonces les abrió el entendimiento para comprender las Escrituras.

Y les dijo:

«Así está escrito: el Mesías padecerá, resucitará de entre los muertos al tercer día y en su nombre se proclamará la conversión para el perdón de los pecados a todos los pueblos, comenzando por Jerusalén. Vosotros sois testigos de esto».

Reflexión del Evangelio de hoy

El Dios de nuestros padres ha glorificado a su siervo Jesús

Pedro declara con valentía la gloria de Jesús de Nazaret, el resucitado, apoyándose en la curación del impedido del pórtico de Salomón, realizada a vista de todos. La predicación de Pedro enhebra una secuencia preñada de contrastes: el siervo de Dios es glorificado por éste, los judíos condenaron y negaron al justo, el pueblo forzó el indulto del bandido Barrabás, y el autor de la vida fue condenado a morir en la cruz; pero Dios, su Padre, lo rescata, lo resucita. Plan de Dios que se cumple en su totalidad en Cristo Jesús y que estaba destinado, en primer lugar, a los judíos, los descendientes de los profetas y de la alianza. Plan de Dios neutralizado por la ignorancia que les llevó al pecado, razón por la cual ahora toca desarmar el corazón para, con arrepentimiento, obtener la bendición primero para los judíos y después para todos los pueblos de la tierra. Hoja de ruta salvadora que traza nuestro Padre Dios cuyo punto de partida

es la glorificación que ha operado en su Hijo predilecto; de lo cual los apóstoles se reclaman testigos, así como el paralítico, por creer en Él, ha recibido sobrado vigor para recobrar la salud. Curación y resurrección, dos preciosas expresiones de la bendición de Dios sobre el mundo gracias a la entrega de Cristo Jesús.

Nosotros somos testigos de la resurrección

La comunidad es el marco en el que, tras la resurrección, Jesús se comunica y da la paz a los suyos, motivo más que suficiente para espantar el miedo y alegrar el grupo. Pero los discípulos son remisos al gozo, les invade el temor, les cuesta trabajo sumergirse en el misterio de fe que es la resurrección. Jesús vive ahora glorificado, pero no es un fantasma, no vive ajeno a la comunidad de sus seguidores, es más, se deja identificar, reconocer, en los signos elocuentes de su Pascua: que todos los hijos de Dios sean felices. Bella tarea del grupo de seguidores del resucitado: ser testigos; y para eso somos iglesia, para facilitar el encuentro de nuestro mundo con el Resucitado y, de paso, abrir el corazón a la luz que de la Escritura nos viene. Éstas sirven al Maestro para afirmar que su muerte y resurrección es parte fundamental del plan amoroso que nuestro Padre Dios tiene sobre nosotros. Y es que la Palabra viva de Dios tiene solera sobrada para iluminar nuestra historia e identificar en ella los caminos de Dios, sendas de vida y esperanza siempre. Testigos, además, para instar a la vuelta a Dios y gozar de sus entrañas de misericordia.



Fr. Jesús Duque O.P.
(1947-2019)

Vie
5
Abr
2013

Evangelio del día

Semana de la Octava de Pascua

“Vamos también nosotros contigo”

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 4, 1-12

En aquellos días, mientras Pedro y Juan hablaban al pueblo, después de que el paralítico fuese sanado, se les presentaron los sacerdotes, el jefe de la guardia del templo y los saduceos, indignados de que enseñaran al pueblo y anunciaran en Jesús la resurrección de los muertos. Los apresaron y los metieron en la cárcel hasta el día siguiente, pues ya era tarde. Muchos de los que habían oído el discurso creyeron; eran unos cinco mil hombres.

Al día siguiente, se reunieron en Jerusalén los jefes del pueblo, los ancianos y los escribas, junto con el sumo sacerdote Anás, y con Caifás y Alejandro, y los demás que eran familia de sumos sacerdotes, Hicieron comparecer en medio de ellos a Pedro y a Juan y se pusieron a interrogarlos:

«¿Con qué poder o en nombre de quién habéis hecho eso vosotros?».

Entonces Pedro, lleno de Espíritu Santo, les dijo:

«Jefes del pueblo y ancianos: Porque le hemos hecho un favor a un enfermo, nos interrogáis hoy para averiguar qué poder ha curado a ese hombre; quede bien claro a todos vosotros y a todo Israel que ha sido el Nombre de Jesucristo el Nazareno, a quien vosotros crucificasteis y a quien Dios resucitó de entre los muertos; por este Nombre, se presenta este sano ante vosotros. Él es “la piedra que desechasteis vosotros, los arquitectos, y que se ha convertido en piedra angular”; no hay salvación en ningún otro, pues bajo el cielo no se ha dado a los hombres otro nombre por el que debemos salvarnos».

Salmo

Sal 117, 1-2 y 4. 22-24. 25-27a R/. La piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular

Dad gracias al Señor porque es bueno,
porque es eterna su misericordia.

Diga la casa de Israel:

eterna es su misericordia.

Digan los fieles del Señor:

eterna es su misericordia. R/.

La piedra que desecharon los arquitectos
es ahora la piedra angular.

Es el Señor quien lo ha hecho,

ha sido un milagro patente.
Éste es el día que hizo el Señor:
sea nuestra alegría y nuestro gozo. R/.

Señor, danos la salvación;
Señor, danos prosperidad.
Bendito el que viene en nombre del Señor,
os bendecimos desde la casa del Señor;
el Señor es Dios, él nos ilumina. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 21, 1-14

En aquel tiempo, Jesús se apareció otra vez a los discípulos junto al lago de Tiberíades. Y se apareció de esta manera: Estaban juntos Simón Pedro, Tomás, apodado el Mellizo; Natanael, el de Caná de Galilea; los Zebedeos y otros dos discípulos suyos.

Simón Pedro les dice:

«Me voy a pescar».

Ellos contestan:

«Vamos también nosotros contigo».

Salieron y se embarcaron; y aquella noche no cogieron nada. Estaba ya amaneciendo, cuando Jesús se presentó en la orilla; pero los discípulos no sabían que era Jesús.

Jesús les dice:

«Muchachos, ¿tenéis pescado?».

Ellos contestaron:

«No».

Él les dice:

«Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis».

La echaron, y no podían sacarla, por la multitud de peces. Y aquel discípulo a quien Jesús amaba le dice a Pedro:

«Es el Señor».

Al oír que era el Señor, Simón Pedro, que estaba desnudo, se ató la túnica y se echó al agua. Los demás discípulos se acercaron en la barca, porque no distaban de tierra más que unos doscientos codos, remolcando la red con los peces.

Al saltar a tierra, ven unas brasas con un pescado puesto encima y pan.

Jesús les dice:

«Traed de los peces que acabáis de coger».

Simón Pedro subió a la barca y arrastró hasta la orilla la red repleta de peces grandes: ciento cincuenta y tres. Y aunque eran tantos, no se rompió la red.

Jesús les dice:

«Vamos, almorzad».

Ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle quién era, porque sabían bien que era el Señor.

Jesús se acerca, toma el pan y se lo da, y lo mismo el pescado.

Esta fue la tercera vez que Jesús se apareció a los discípulos después de resucitar de entre los muertos.

Reflexión del Evangelio de hoy

Ningún otro puede salvar

En este relato de los Hechos Lucas introduce un elemento que va a acompañar frecuentemente el anuncio del evangelio; la oposición, e incluso la persecución de los predicadores, normalmente por parte de los judíos. No es inverosímil que el núcleo de esta narración –y aun algo más que núcleo— sea histórico. Uno puede imaginar fácilmente que la predicación sobre Jesús, crucificado poco antes en Jerusalén por las autoridades judías y resucitado después por la acción de Dios, suscitare reacciones por parte de las mismas autoridades tal como aquí se describe.

Los detalles, sin embargo, son obra de Lucas, quien aprovecha esta ocasión para mostrar que la oposición a la predicación de Jesús no ha de ser causa de miedo o de retroceso, sino motivo de proclamar aún más audaz y fuertemente al mismo Señor Jesús y su poder salvador. Como lo demuestran los apóstoles. Pues el poder de Cristo ha pasado a los apóstoles, para poder curar, pero la fuerza y el poder de Cristo no se limitan a la curación física sino que lo abarca todo. En el versículo 11-12 es una confesión absoluta de Cristo como único salvador. Así proceden Pedro y Juan. Confiando plenamente en su Maestro y Señor, sin dejarse impresionar por su aparente inferioridad de condiciones, llegan a asombrar a sus adversarios. No se dejan intimidar por ningún tipo de respeto humano o amenazas. Lucas nos dice cómo Pedro habla a las autoridades “lleno del Espíritu Santo” y predica a Cristo Resucitado. Es su convicción y lo está viviendo, y lo comunica a los demás.

¿Cómo estamos viviendo nuestra pascua con Cristo Resucitado? ¿Comunicamos a los demás esa alegría pascual que da el resucitado?

Jesús se acerca toma el pan y se lo da, y lo mismo el pescado

Pedro invita a sus compañeros a pescar son siete. El número siete es símbolo de plenitud y de totalidad. Esto significa que la faena de la “pesca” debe correr a cargo de toda la Iglesia que somos nosotros todos los cristianos. La pesca milagrosa simboliza la misión de la Iglesia.

La aparición del Resucitado es presentada sobre el andamiaje de una pesca milagrosa, que ilumina la promesa que había hecho Jesús a sus discípulos en el momento de la vocación: os haré pescadores de hombres. (Mc 1,17; Lc5, 1-11) La resurrección de Jesús es la que hizo posible la existencia de la comunidad y la misión que le es encomendada. Se afirma, además, que el éxito de la misión cristiana no depende del esfuerzo humano, sino de la presencia viva del Señor en ella. La red que no se rompe acentúa la capacidad de la Iglesia para recibir en su seno a todos los hombres, por muy distinta que sea su mentalidad y cultura. No hay excepción.

Debe notarse la diferencia en relación con el relato paralelo de Lucas: las redes se rompían y las barcas se hundían. Con estos dos datos se trata de magnificar el milagro de Jesús. Juan, por el contrario intenta poner de relieve la unidad de la Iglesia, compuesta por muchas Iglesias y pueblos, y creada por el Resucitado.

Noche de trabajo infructuoso: pero con Jesús, pesca milagrosa. Nosotros también podemos tener noches malas y fracasos en nuestro trabajo, decepciones en nuestro camino. Podemos aprender la lección: cuando no estaba Jesús, los pescadores no lograron nada. Siguiendo su palabra, llenaron la barca. Ese es el Cristo en quien creemos y a quien seguimos: el Resucitado que se nos aparece misteriosamente—en la Eucaristía, no nos prepara pan y pescado, sino su Cuerpo y Sangre—y nos invita a comer con él y a descansar junto a él: “dichosos los invitados a la cena del Señor.” Esto nos invita a no perder nunca la esperanza ni dejarnos llevar del desaliento. Nuestras fuerzas serán escasas, pero en su nombre, con la fuerza del Señor, podemos mucho.

Que la alegría y la paz del Resucitado nos siga inundando el alma a todos. ¡ALELUYA, ALELUYA!



Monasterio Sta. María la Real - MM. Dominicas
Bormujos (Sevilla)

Sáb
6
Abr
2013

Evangelio del día

Semana de la Octava de Pascua

“El pueblo entero daba gloria a Dios por lo sucedido”

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 4, 13-21

En aquellos días, los jefes del pueblo, los ancianos y los escribas, viendo la seguridad de Pedro y Juan, y notando que eran hombres sin letras ni instrucción, estaban sorprendidos. Reconocían que habían sido compañeros de Jesús, pero, viendo de pie junto a ellos al hombre que había sido curado, no encontraban respuesta. Les mandaron salir fuera del Sanedrín y se pusieron a deliberar entre ellos, diciendo:

«¿Qué haremos con estos hombres? Es evidente que todo Jerusalén conoce el milagro realizado por ellos, no podemos negarlo; pero, para evitar que se siga divulgando, les prohibiremos con amenazas que vuelvan a hablar a nadie de ese nombre».

Y habiéndolos llamado, les prohibieron severamente predicar y enseñar en el nombre de Jesús. Pero Pedro y Juan les replicaron diciendo:

«¿Es justo ante Dios que os obedezcamos a vosotros más que a él? Juzgadlo vosotros. Por nuestra parte no podemos menos de contar lo que hemos visto y oído».

Pero ellos, repitiendo la prohibición, los soltaron, sin encontrar la manera de castigarlos a causa del pueblo, porque todos daban gloria a Dios por lo sucedido.

Salmo

Sal 117, 1 y 14-15. 16-18. 19-21 R/. Te doy gracias, Señor, porque me escuchaste

Dad gracias al Señor porque es bueno,
porque es eterna su misericordia.

El Señor es mi fuerza y mi energía,
él es mi salvación.

Escuchad: hay cantos de victoria
en las tiendas de los justos R/.

«La diestra del Señor es poderosa.
La diestra del Señor es excelsa».
No he de morir, viviré
para contar las hazañas del Señor.
Me castigó, me castigó el Señor,
pero no me entregó a la muerte. R/.

Abridme las puertas de la salvación,
y entraré para dar gracias al Señor.
Esta es la puerta del Señor:
los vencedores entrarán por ella.
Te doy gracias porque me escuchaste
y fuiste mi salvación. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Marcos 16, 9-15

Jesús, resucitado al amanecer del primer día de la semana, se apareció primero a María Magdalena, de la que había echado siete demonios. Ella fue a anunciárselo a sus compañeros, que estaban de duelo y llorando. Ellos, al oírle decir que estaba vivo y que lo había visto, no la creyeron. Después se apareció en figura de otro a dos de ellos que iban caminando al campo. También ellos fueron a anunciarlo a los demás, pero no los creyeron. Por último, se apareció Jesús a los Once, cuando estaban a la mesa, y les echó en cara su incredulidad y dureza de corazón, porque no habían creído a los que lo habían visto resucitado. Y les dijo:
«Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación».

Reflexión del Evangelio de hoy

Id al mundo entero y predicad el Evangelio a toda la creación

Tomar el relevo de Jesús no es fácil y origina incertidumbres. Imaginemos un atleta corriendo al frente del grupo y portando el testigo; llegado un punto del recorrido, será otro atleta el que siga corriendo en el lugar del otro, haciendo de todas las carreras una sola. Para que se dé esta unidad en la carrera y el equipo sea «un solo corredor», hay que entregar el testigo dando fe de que la sustitución se ha hecho de manera correcta. Todo el recorrido es un gesto de confianza en el otro. Jesús, resucitado el primer día de la semana -dando un nuevo sentido a la vida que nace-, es el primer corredor confiado -en el Padre y en aquellos que le fueron encomendados- en la predicación del Evangelio y, por tres veces, tiene que entregar el testigo. Según el relato de Marcos, Jesús anuncia a María Magdalena que no está muerto, que ha resucitado, que vaya y se lo diga a sus compañeros; ante la actitud incrédula de éstos, el testigo cae al suelo. Después se aparece a otros dos compañeros y sucede lo mismo: la fe coge el testigo, la incredulidad lo deja caer. Por último, el mensaje se lo da directamente Jesús a los Once, a la vez que los reprende por su incredulidad y dureza de corazón. Esta vez no cae el testigo al suelo, sino que es asido con fuerza continuando la carrera: la predicación del Evangelio por todo el mundo a toda la creación.

En el relato hay un detalle que despierta la atención. El testigo -¡Jesús ha resucitado!- no cae al suelo cuando está presente la dimensión eucarística: los Once estaban a la mesa; seguramente, compartiendo el pan y el vino como en la última cena. Y es que en la Eucaristía es donde encontramos a Cristo, real y presente, renovándonos el testigo de la predicación.

Es evidente que han hecho un milagro

Con el testigo alzado en nuestras manos, confiados damos gracias al Señor porque es bueno y misericordioso y porque lo reconocemos ante los pueblos como nuestra fuerza, energía y salvación. Es la misma fuerza que los sumos sacerdotes, ancianos y letrados sintieron que emanaba de Pedro y Juan cuando fueron arrestados al curar a un enfermo predicando en el Nombre de Jesús. Los «poderosos del mundo» saben que la fuerza que da el pertenecer al «grupo atlético» de Jesús es incomparable con cualquier otra e incomprensible pues, ¿cómo de la humildad y la misericordia puede irradiar este poder de sanación y salvación? Ante este ejemplo apostólico no saben qué hacer. El mundo reconoce que los seguidores de Jesús somos capaces de obrar milagros en su Nombre y es tan evidente, pues el pueblo entero da gloria Dios por ello oyéndose cantos de victoria en las tiendas de los justos, que no pueden negarlo; mas sí evitarlo con encarcelamientos y prohibiciones.

Hoy, igual que ayer y mañana, acercarnos a la Eucaristía nos capacita para poder reconocer a Cristo resucitado, recoger su testigo y anunciar el Evangelio. Nos encontraremos limitaciones -propias y ajenas- y habremos de pasarlas predicando el Dulce Nombre de Jesús, quien nos escucha y salva.



D. Juan Jesús Pérez Marcos O.P.

Fraternidad Laical Dulce Nombre de Jesús de Jaén

El día **7 de Abril de 2013** no hay comentario en "el Evangelio del día". Puede encontrar el comentario de la liturgia de este día en la página de [Homilías](#).